



LA VISIÓN COSMOLÓGICA DE LOS MAYAS: LA HERENCIA DE LOS LIBROS SAGRADOS

Monica Di Girolamo
(Università degli Studi di Napoli L'Orientale)

Resumen. La teogonía y la mitología de las poblaciones mesoamericanas tienen su origen en el misterio de la creación del mundo. Las preguntas que se refieren al origen del mundo o a las relaciones entre los seres humanos y los dioses, o entre los seres humanos y la naturaleza, han dado lugar a una tradición oral que se ha transmitido de generación en generación. En estos textos sagrados mito e historia se funden en un corpus único, donde todas las ideas, las virtudes y las pasiones humanas asumen la forma de vegetales, animales y minerales que nos hablan de una unidad indisoluble que el hombre tiene con su ambiente natural.

Abstract. The Mesoamerican peoples' theogony and mythology have their roots in the mystery of the creation of the world. Questions about the origin of the world or the relationship between humans and gods and between humans and nature have brought forth an oral tradition passed on from generation to generation. In the sacred texts myth and history merge in a single *corpus*, offering contemporary Mayas a worldview that could also help us in the West: one regarding Mother Earth as something to be respected and protected.

Palabras clave. Maya, Identidad, Herencia, Sacralidad

Keywords. Maya, Identity, Heritage, Sacrality

«No se llamaban maya» (von Hagen V. 1993: 7). Con estas palabras, claramente paradójicas, el explorador estadounidense Victor W. von Hagen nos presenta una de las civilizaciones más importantes del continente americano. Nadie conocía su verdadero nombre o en qué lengua se expresaban, ni siquiera se conocían los nombres de sus ciudades de piedra. Y por qué «no se llamaban maya» lo podemos leer en los diarios de los conquistadores europeos.

La historia «europea» de los mayas empieza con Cristóbal Colón. En su cuarto y último viaje, en 1502, al costear Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá, desembarcó en la isla hondureña de Guanaja y se encontró con mercaderes locales que viajaban en una piragua. Cuando les preguntó de dónde procedían, pensó leer en su respuesta un nombre que se acercase a la expresión *mayab* o *mayam*. La etimología se ha perdido y por eso los estudiosos han aceptado el término apocopado *maya* para referirse a los habitantes de esta región centroamericana.

América Central fue la única parte del Nuevo Mundo en que nació una escritura, aunque a nivel embrionario. Los aztecas, los olmecas, los zapotecas y otras poblaciones que habían inventado un sistema calendárico, visible en sus monumentos, tenían libros en que las anotaciones se expresaban a través del dibujo. También en la escritura maya, lo que encontramos en el sistema gráfico no son letras sino elementos de carácter pictórico, los *glifos*. Estos glifos nacieron en el ámbito de la datación, ya que son visibles en los dos calendarios cíclicos mayas, el *haab* y el *tzolkin*. El *haab* era de 365 días. Se dividía en 18 meses de veinte días a los que se tenía que añadir el *uayeb*, un periodo de cinco días llamado *xma kaba kin*, «días sin nombres», o *chay kin*, «días perdidos», que los mayas «los tenían por aciagos y malos [...] En estos días no se peinaban ni lavaban, ni las mujeres ni los hombres espulgaban, ni hacían obra servil o trabajosa, porque temían que les sucediese algún mal si lo hacían» (de Landa D. 1985: 103 e 130). El segundo calendario, el *tzolkin*, era un calendario ritual o divinadorio de 260 días.

Después de la creación de los *glifos* correspondientes a los periodos, nació un sistema de escritura en que se utilizaban dos tipologías de jeroglíficos: los llamados «principales», que tenían una dimensión mayor, y los «afijos», signos menores. El conjunto de estos elementos formaban una frase y la unión de las frases daba como resultado un texto que, en general, presentaba un orden gramatical preestablecido, compuesto por: a) signo temporal (fecha o elemento gramatical equivalente); b) verbo; c) sujeto; d) objeto. Sin embargo, un *glifo* podía tener varias funciones: signo-periodo, signo-número, sílaba o palabra compuesta.

Además, los *glifos* podían ser escritos en tres maneras diferentes: forma normal, variante de cabeza y variante de cuerpo entero. Para evitar divergencias se crearon elementos fonéticos y determinativos que servían para aclarar la

función y la lectura de los *glifos* a que se relacionaban. El desciframiento de los textos jeroglíficos mayas está, todavía, incompleto. A las posibles lecturas se acompañarían las informaciones de las ruinas arqueológicas y las obtenidas en las investigaciones lingüísticas, antropológicas, etnográficas e históricas. Hay que subrayar que la escritura jeroglífica maya nació para transmitir datos cronológicos, los nombres y el influjo de los dioses, que presidían todas las fracciones del tiempo. El uso de la escritura por otros fines era secundario.

Los únicos textos mayas que se han conservado son cuatro Códices: el de Dresde, guardado en la Sächsische Landesbibliothek, la biblioteca estatal de Dresde (Alemania); el de Madrid, que se encuentra en el Museo de América de la capital española; el de París, conocido también como Códice Peresianus, conservado en el Fondo Mejicano de la Biblioteca Nacional de Francia; y el de Grolier, de propiedad de José Sáenz, que fue mostrado al mayista Michale Coe en el club Grolier de Nueva York.

Esos códices representan el mismo libro que cada sacerdote poseía, presentando solo una diferente manera de interpretar su cosmología y astronomía. Informaciones más detalladas sobre estos libros las encontramos en la obra de Diego de Landa, que describe los *analtes* o «libros de ciencia» como las más importantes propiedades de los nobles, controladas no por la autoridad religiosa, sino por el más alto exponente político. Los que utilizaban estos archivos de la doctrina tradicional eran quienes los habían escrito y los sacerdotes solo los leían e interpretaban. Además:

Los códices eran para los mayas algo más que el medio de conservar sus conocimientos y sus tradiciones; eran el símbolo de todo lo sagrado y digno de respeto, la clave para comprender el espacio y el tiempo y para situarse en ellos, la norma de vida y el principio de identidad de su ser comunitario (de la Garza M. 1975: 68).

Con la llegada de los españoles, el alfabeto latino empezó a substituir el tradicional sistema de escritura maya; el aprendizaje del nuevo sistema llevó los mayas a escribir textos en que se conservaban los datos de los antiguos códices, las tradiciones orales, los acontecimientos y las emociones que los indígenas habían vivido durante la conquista española. El conjunto de estas obras ha recibido el nombre de *literatura maya*.

Esta literatura incluye todos los textos escritos por hombres mayas en lengua maya, cuyo contenido es material tradicional del período prehispánico, mientras que no están presentes los textos, siempre en lengua maya, que se refieren a la actividad catequística de los misioneros, a la difusión de la cultura europea o a las prácticas administrativas y legales de apropiación del suelo americano.

Si, por un lado, la adquisición de los secretos del alfabeto por parte de los mayas significó la pérdida, lenta e inexorable, de la capacidad de memorización, importante para su tradición oral, por otro, permitió que se conservase y se entregase a las generaciones futuras un patrimonio que se iba a perder para siempre. Este trabajo de conservación de la historia y las tradiciones fue un elemento fundamental para la supervivencia de la literatura maya precolombina en libros modernos.

Pero, ¿por qué los mayas decidieron volver a escribir estos textos durante la época colonial? Los mayas han siempre dedicado gran atención al hombre, tanto en las artes plásticas como en los estudios científicos. Estos dos aspectos están bien relacionados, visto que la ciencia fue concebida para comprender y mejorar la vida del hombre. El mundo, creado por los dioses en un proceso de orden, destrucción y nuevo orden, representa el escenario y la manifestación constante de las divinidades, consideradas tanto fuerzas de la naturaleza (agua, fuego, viento y tierra), como periodos calendáricos. Se consideran estos periodos como divinidades que recorren, cíclica y ordenadamente, el espacio, trazando, en el mundo, trayectos benéficos o maléficos. La creación de ciclos calendáricos precisos, el *haab* y el *tzolkin*, y la grabación de los acontecimientos en su sucesión, servían a los sacerdotes para «preparar» al pueblo, a través de sus profecías, aceptando los influjos benéficos y evitando los maléficos, según la idea de que era posible autodeterminar el futuro.

Los autores de estas obras decidieron preservar la memoria de los antepasados, tanto religiosa, para mantener su primigenia espiritualidad, como material, tratando de reivindicar con fuerza la propiedad de las tierras ocupadas por los conquistadores. Como consecuencia, los textos fueron pensados como *libros de las comunidades*¹, celosamente guardados por la familia más importante y transmitidos de padre a hijo.

Los primeros textos fueron elaborados para la lectura colectiva, siguiendo la tradición de los antiguos sacerdotes, que informaban al pueblo de los contenidos de los códices a través de discursos elaborados durante las ceremonias religiosas. Durante la Conquista estas lecturas colectivas se practicaban en la clandestinidad, de noche y lo más lejos posible de las aldeas, ya que los europeos castigaban ferozmente los ritos y a quienes los practicaban.

Los libros mayas más importantes son los *Libros de Chilam Balam* de los yucatecos, el *Popol Vuh* de los quichés y el *Memorial de Sololá* de los cakchiqueles, que fueron escritos con el fin de conservar y fortalecer la religión maya. Estas obras presentan influencias cristianas y fueron escritas utilizando códices antiguos, ya que se ve una gran complejidad de mitos y la abundancia de datos históricos no nos permite pensar en una tradición mnemónica y oral. Eso

¹ *Popo Vuh* o *Popolhuuh* significa «libro de la comunidad». La palabra *Popol* es maya y significa «reunión o casa común». *Vuh* o *Uúh* significa «libro, papel o trapo» y viene del maya *Huún* o *Úun*, que es «papel» y «libro» e indica también el árbol cuya corteza da el *amate*.

nos lo confirma el autor anónimo del *Popol Vuh* quiché cuando afirma: «esto lo escribiremos ya dentro de la ley de Dios, en el Cristianismo; lo sacaremos a la luz porque ya no se ve el *Popol Vuh*, así llamado. Existía el libro original antiguamente, pero su vista está oculta al investigador y al pensador» (Recinos A. 1995: 11).

En estos libros sagrados mito e historia se mezclan. En general, el texto inicia con el cuento de la historia de la comunidad, de la que se subraya sobre todo el ideal religioso; después se cuenta el origen mítico del mundo y el hombre y, en la narración, se evidencia el papel de las divinidades en la historia de la comunidad; se describen los ritos y se presentan los gobernantes que, obedeciendo a los dioses y cumpliendo los rituales, se han distinguido como hombres sabios y poderosos.

Lo mismo se puede decir acerca de los textos escritos para el canto, el baile y la recitación, como el *Rabinal Achí* guatemalteco y *El Libro de los Cantares de Dzitbalché* yucateco, cuyo objetivo es confirmar sus propias convicciones religiosas, conservar su identidad histórica y exaltar a los gobernantes. Por eso afirma de Fuentes y Guzmán: «danzan, pues, cantando alabanzas del santo que se celebra; pero en los bailes cantaban las historias y los hechos de sus mayores y de sus falsas y mentidas deidades» (de Fuentes y Guzmán A. 1923: 212-213).

Desde el punto de vista formal, los libros mayas no pueden ser considerados como verdaderas obras literarias, pues aunque algunos presentan riqueza de lenguaje y elementos estilísticos, otros tienen un valor meramente histórico. Fueron sobre todo los textos religiosos que encontraron la sensibilidad poética, la capacidad imaginativa y la riqueza espiritual de los escritores mayas los que, quizás, sean los únicos que merezcan un lugar en el Olimpo de la literatura universal. Como las literaturas orientales y pregregias del Viejo Mundo, los escritos literarios mayas son la manifestación primordial de los acontecimientos religiosos y las preocupaciones históricas, realizados con un fin práctico y no artístico. Lo interesante de estos textos es la abundancia de material mítico que, a partir de episodios aislados hasta llegar a los grandes mitos cosmogónicos, trata de dar una explicación general del universo.

Los estudiosos han subrayado la exuberancia de los textos míticos y proféticos; exuberancia relacionada con el artificio estilístico de la repetición del mismo pensamiento utilizando palabras o formas verbales diferentes (el paralelismo de las frases), que revela un significado complejo y supone una difícil comprensión. Pero todo eso confiere una simetría, un ritmo que lleva el texto a ser recitado más bien que leído, confirmando, una vez más, las afirmaciones de los cronistas que siempre han hablado de conservación mnemónica de los textos sagrados, entre los cuales los códices eran solo un apoyo. Otra peculiaridad del estilo de estos textos es la enumeración de cualidades y atributos que responde a la misma ansiedad de expresar un hecho o una idea en todas sus posibles formas. A veces las repeticiones y las

enumeraciones vuelven el texto monótono, pero esta monotonía ofrece un profundo sentido poético, que comunica la elevada sensibilidad del hombre maya.

También el *Rabinal Achí* y *El Libro de los Cantares de Dzitbalché*, definidos «textos rituales», están llenos de conceptos y expresividad, y se presentan como un conjunto de himnos sagrados, oraciones, cantos y dramas. Estos textos fueron escritos utilizando el lenguaje simbólico que responde a la forma peculiar de la conceptualización maya.

Las poblaciones mesoamericanas han siempre subrayado la importancia de su origen. Su teogonía y su mitología nacen del misterio de la creación del mundo. Las preguntas sobre el origen del mundo o las relaciones entre los seres humanos y los dioses y entre los seres humanos y la naturaleza produjeron una copiosa tradición oral que se ha transmitido de generación en generación en forma de cantos, rituales y mitos. Algunos indígenas decidieron utilizar lo que los europeos les habían impuesto, la escritura con caracteres alfabéticos, permitiendo la supervivencia de su tradición.

El *Popol Vuh* o *Popolhuun sagrados*, los *Libros de Chilam Balam* de los yucatecos, el *Popol Vuh* de los quichés y el *Memorial de Sololá* de los cakchiqueles, presentan una riqueza de material profético que no solo nos ilustra este aspecto esencial de la religión maya, sino es útil para entender cómo, después de la conquista española, las concepciones fundamentales de los mayas se opusieron a todo tipo de persecución, a todo tipo de prohibición y a varias formas de conversión. Aunque existan diferencias estilísticas entre los cuentos míticos y proféticos yucatecos y guatemaltecos, visto que en los primeros hay una abundancia de fórmulas sintéticas y en los segundos el discurso sigue un esquema de carácter narrativo, en ambos encontramos un lenguaje simbólico y de múltiple significado, en que se utilizan objetos, colores y seres naturales (flores, animales, plantas y piedras) para expresar las ideas, las experiencias y las acciones. Es la naturaleza que condiciona el espíritu y, a veces, el espíritu vuelve como naturaleza, en el instante en que se le representa con símbolos que recuerdan las aves, los jaguares, las flores, las plantas. Todas las ideas, las virtudes y las pasiones humanas asumen la forma de vegetales, animales y minerales que nos hablan de una unidad indisoluble que el hombre tiene con su ambiente natural.

Y la cosmología, en que este elemento natural está siempre presente, resulta ser la versión más compleja y oscura.

El mundo mitológico maya tenía una forma parecida a la que Dante Alighieri imaginó cuando escribió la *Divina Commedia*: un plan terrestre con, en la parte superior, un nivel celeste y, en la inferior, el nivel infernal. Además, la tierra tenía una forma cuadrada, apoyada en la espalda de un *itzám*, «el lagarto», que nadaba en el agua, metáfora de la inmensidad del universo. El nivel celeste estaba dividido en trece capas, en que vivían los *Oxlahún Ti Ku* o «los Trece

dioses». Se imaginaban estas capas como fajas horizontales o como escalones: seis ascendentes a Este y seis a Oeste, con el séptimo en en vértice. El nivel infernal o inframundo² estaba dividido en nueve capas, en que vivían los *Bolón Ti Ku* o «los Nueve dioses». También las capas infernales tenían una estructura piramidal, con la quinta en el vértice dominada por el supremo dios de la muerte y su mujer, *Cizín e Ix Tab*.

En el texto sagrado quiché, en dos capítulos de la segunda parte, dedicados a Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú³, se lee que estos:

Se ocupaban solamente de jugar a la pelota todos los días. Y habiendo ido a jugar a la pelota en el camino de Xibalbá, los oyeron Hun-Camé e Vucub-Camé, los Señores de Xibalbá. –¿Qué están haciendo *sobre la tierra?*, dijeron todos los de Xibalbá (Recinos A. 1995: 30).

Irritados por la falta de respeto, ya que cuando Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú juegan «hacen temblar y hacen tanto ruido», los Señores de Xibalbá envían cuatro mensajeros para que les inviten a jugar en su reino. «Los cuatro mensajeros [...] *saliendo* de Xibalbá llegaron rápidamente, llevando su mensaje, al patio donde estaban jugando a la pelota Hun-Hunahpú e Vucub-Hunahpú». Acompañados por el mensajero, Hun-Hunahpú y Vucub-Hunahpú «fueron *bajando* por el camino de Xibalbá, por una escaleras muy inclinadas. Fueron *bajando* hasta [...] que llegaron a la sala del consejo de los Señores de Xibalbá» (Recinos A. 1995: 32-33).

Cuatro divinidades mantenían el cielo con su trece capas, los llamados *Bacab*, que ocupaban los cuatro puntos cardinales. Se lee en la *Relación* de Diego de Landa:

Entre la muchedumbre de dioses que esta gente adoraba, adoraban cuatro llamados *Bacab* cada uno de ellos. Estos, decían, eran cuatro hermanos a los cuales puso Dios, cuando crió el mundo, a las cuatro partes de él sustentando el cielo (para que) no cayese (de Landa D. 1985: 104).

En un cuento fragmentario que habla de la creación del mundo, presente en el *Chilam Balam de Chumayel*, leemos:

Al producirse el robo de la insignia (o despojos del Chan Hel, la Gran Serpiente) habría una súbita irrupción de agua. Luego el cielo se caería y derrumbaría sobre la tierra, cuando fueron instituidos los cuatro dioses, los

² En yucateco el inframundo se llama *Mitnal*, y deriva del azteco *Mictlan*; en quiché es *Xibalbá* y en cakchiquel *Xibalbay*.

³ *Hun-Hunahpú*, 1 *Hunahpú*; *Vucub-Hunahpú*, 7 *Hunahpú*, son también dos días del calendario quiché.

cuatro Bacabs que produjeron la destrucción del mundo (Mediz Bolio A. 1980: 243).

También el autor del *Popol Vuh* los indica, aunque implícitamente, cuando dice: «[...] Se acabó de formar todo el cielo y la tierra; [...] fue formado y repartido en cuatro partes, [...] el cielo fue medido y se trajo la cuerda de medir y fue extendida [...] en los cuatro ángulos, en los cuatro rincones» (Recinos A. 1995: 12).

Todos los puntos cardinales que, además de su Bacab, tenían una ceiba, el árbol sagrado, estaban representados por un color: el rojo al Este, el blanco al Norte, el negro al Oeste y el amarillo al Sur. Se lee en el *Chilam Balam de Chumayel*:

El pedernal rojo es la sagrada piedra de *Ah Chac Mucen Cab*. La Madre Ceiba Roja, su Centro Escondido, está en el Oriente. [...] El pedernal blanco es la sagrada piedra del Norte. La Madre Ceiba Blanca es el Centro Invisible de *Sac Mucen Cab*. [...] El pedernal negro es la piedra del Poniente. La Madre Ceiba Negra es su Centro Escondido. [...] El pedernal amarillo es la piedra del Sur. La Madre Ceiba Amarilla es su Centro Escondido (Mediz Bolio A. 1980: 220).

Se supone la existencia de un quinto color, el verde, asociado con el centro del mundo, el centro del universo. Aquí, en el centro, estaba la quinta ceiba, la más importante, cuyas raíces llegaban al inframundo, cuyo tronco estaba en la superficie terrestre y cuyos ramos cruzaban los diferentes estratos del cielo. En el imaginario maya, la ceiba era la manifestación terrestre del Árbol Milagroso, la Primera Madre de todos los hombres, que había originado a Hunahpú e Ixbalanqué, los dos Gemelos semidioses, quienes, derrotando a los señores del inframundo, habían traído la luz a la Tierra. La cabeza de Hun-Hunahpú fue colgada a este árbol cuando fue derrotado, con su hermano Vucub-Hunahpú, por los Señores de Xibalbá. Se lee en el *Popol Vuh*:

Los sacrificaron y los enterraron en el *Pucbal-Chac*⁴, así llamado. Antes de enterrarlos le cortaron la cabeza a Hun-Hunahpú y enterraron el hermano menor junto con el hermano mayor. [...] Y habiendo ido a poner la cabeza en el árbol, al punto se cubrió de frutas este árbol que jamás había fructificado antes de que pusieran entre sus ramas la cabeza de Hun-Hunahpú. [...] A juicio de aquéllos [los de Xibalbá], la naturaleza de este árbol era maravillosa (Recinos A. 1995: 35).

⁴ Lugar del Sacrificio del Juego de la Pelota.

El mismo árbol será protagonista, en otras páginas del libro, de la concepción de los dos Gemelos semidioses: la historia del «árbol maravilloso» llega a Ixquic, la futura madre de los dos. «Cuando ella oyó la historia de los frutos del árbol, [...] , se quedó admirada de oírla. [...] A continuación se puso en camino ella sola y llegó al pie del árbol»; el árbol se puso a hablar y le pidió que tomase un fruto.

En ese instante la calavera lanzó un chisguete de saliva que fue a caer directamente en la palma de la mano de la doncella. Miróse ésta rápidamente y con atención la palma de la mano, pero la saliva de la calavera ya no estaba en su mano [...]. Así fueron engendrados Hunahpú e Ixbalanqué (Recinos A. 1995: 35-36).

Junto a la ceiba, tenemos otro elemento natural muy importante en la vida cotidiana y religiosa de los mayas: el maíz. Además de ser la base económica de la sociedad maya, era el núcleo de su culto. «Únicamente masa de maíz entró en la carne de nuestros padres. [...]. Así entró el maíz [en la formación del hombre] por obra de los Progenitores» (Recinos A. 1995: 62).

Estos Progenitores estarán siempre presentes en la producción literaria de los escritores mayas contemporáneos, porque, como ha afirmado el Premio Nobel por la Paz de 1992 Rigoberta Menchú, su vida, su pueblo, su manera de entender la realidad refleja esos aspectos cosmogónicos presentes en los libros sagrados. Si leemos con atención y curiosidad esos libros, la enseñanza más grande que ellos nos dan se refiere a nuestra verdadera fuente de vida: la Madre Tierra o Pachamama, como la llaman los quechuas. En particular, la mujer maya subraya la importancia de este elemento cuando describe el *nawal*, término de origen azteca que quiere decir «brujo que se transforma», «brujo capaz de metamorfosis», que en Guatemala indica también el «espíritu del animal protector», «el animal del destino». Este *nawal* pertenece a todos los niños y es el representante de la Tierra, el agua y el sol, gracias al cual se establece el diálogo con la naturaleza.

Existe un viejo cuento, *El nawal de la neblina*, que recita:

En la neblina está el nawal de la lluvia. Cierta día un hombre no se arrodilló en la puerta de su casa antes de salir y enojado gritó: –¡mucha neblina!–. Los nawales lloraron y se subieron a las arboledas. Por eso, cuando hay neblina, caen gotas de agua debajo de los árboles. Son las lágrimas de los espíritus de la neblina (Menchú R. 2008).

El *nawal* es el soplo de vida, el aliento de vida que vibra en todo lo que existe. Todo tiene vida, todo tiene su vibración, todo tiene su espíritu, todo tiene su razón de ser. Es decir, el espíritu de todo lo que existe.

A eso Rigoberta Menchú añade:

Las minorías crecen porque la sociedad capitalista en que vivimos es una sociedad que fragmenta la unidad a nivel social. [...] Cuando hablamos de pueblos indígenas, no estamos hablando de la fragmentación de la sociedad. Estamos hablando de las culturas milenarias que nacieron como parte de las grandes civilizaciones que dieron origen a nuestra humanidad. [...] Hay una gran diferencia entre una minoría y un pueblo originario o milenario que tiene una cultura antigua, que tiene una cosmovisión, que tiene una filosofía de la vida, que se radica en la historia. Una minoría puede tener una filosofía de creencia pero no necesariamente posee la raíz de un pueblo milenario y de cultura milenaria. [...] Los Mayas somos parte de las grandes civilizaciones antiguas del planeta. Somos parte de las primeras naciones. [...] Una de las peculiaridades que distinguen a los pueblos indígenas de las minorías étnicas es la elaboración de un pensamiento respecto de la tierra. [...] La madre tierra no es simplemente una expresión simbólica. Es fuente. Es raíz. Es origen de nuestra cultura y nuestra existencia.

Esta cultura y existencia las conservan gracias a la «comunidad», que:

No es un mito o un vestigio del pasado. Es la comunidad quien garantiza la continuidad de la transmisión de su pensamiento a sus generaciones. La sabiduría y la riqueza que emana la comunidad podría contribuir a restaurar una verdadera esperanza de futuro (Menchú R. 1995).

Para las culturas ancestrales son varias las sociedades que coexisten: la mineral, la de las plantas, la de los animales y la humana. A cada una de ellas las reconocemos y las respetamos como tales, pues su conciencia y asociación natural cumplen con misiones específicas que, al complementarse, generan lo que llamamos Vida. Cada una de las sociedades tiene las plenas facultades para comunicarse, todas ellas hablan. Todas ellas tienen una sola madre: la Madre Naturaleza.

Los Pueblos Originarios han definido como verdad filosófica, mediante una acuciosa observación científica, que la forma de concebir la vida y la forma de ver el mundo y cuanto existe se determina a partir de la relación *cosmos-naturaleza-ser humano*, y esa relación dibuja dos grandes ideas generadoras del conocimiento. La primera: somos elementos universales en la existencia. La segunda: la relación de estos elementos debe regirse por leyes naturales universales o por principios filosóficos y valores éticos, que podemos resumir en el equilibrio y la armonía de los elementos. En este marco filosófico, se puede concebir la jerarquía como una disposición de reconocimiento y de respeto por la evolución de los elementos cósmicos: se reconoce y se respeta al Padre Sol,

pues su jerarquía evolutiva es anterior a nosotros los humanos y, como tal, es generador de energía que posibilita la vida de otros seres de evolución más reciente; se respeta la jerarquía de la Madre Tierra, pues su nacimiento y madurez ha dado origen a la vida de plantas, animales y personas.

La persona humana es el último ser creado y formado, y resume el ser y la sabiduría de todos los seres anteriores en evolución. Esa sabiduría la encontramos cuando nos hacemos cargo del Universo, conociendo, respetando y viviendo el equilibrio y la armonía cósmica y planetaria.

La filosofía cosmogónica ancestral plantea una definición distinta del ser: *el ser, el yo colectivo*, se define en la integralidad de una relación, la interdependencia y la coexistencia. El individuo, la persona, el yo, no existe ni se concibe como uno autosuficiente, sino existe y se concibe como parte de una integralidad existencial; se concibe en el marco de la definición filosófica «nosotros»: nosotros la naturaleza, nosotros el ser humano, la sociedad, el hombre, la mujer, los niños, los ancianos; nosotros la tierra, nosotros el cosmos. «Entonces subieron también muchachos a quienes mató Zipacná, [...] y se convirtieron en estrellas del cielo» ((Recinos A. 1995: 102), nos dice el *Popol Vuh*, puesto que nosotros somos el cosmos y nosotros somos energía cósmica.

Para la historicidad maya, las mujeres y los hombres son de maíz. La abuela Ixmucané, la abuela del Padre Sol, molió en piedra los cuatro colores del maíz: molió el maíz rojo que constituye su sangre; molió el maíz negro que dibuja su pelo; con el maíz amarillo dibujó su tez y su piel; con la masa del maíz blanco creó su estructura ósea. En consecuencia, «somos mujeres y hombres de maíz» dice Rigoberta Menchú; esa vinculación directa del ser con el elemento sagrado manifiesta una determinada valoración del ser humano hacia el elemento que lo sustenta: el sagrado maíz. El organismo ha recibido una invaluable fortuna de la Madre Naturaleza y, junto con ella, también una fortuna espiritual, pues las capacidades y cualidades mentales, emocionales y energéticas nos ponen en contacto armonioso con la fuente primaria de la vida. Este es el *ser esclarecido* del que habla el *Popol Vuh*.

Junto a los elementos mencionados, el agua ocupa otro lugar importante. Para recordar constantemente la grandeza de la Madre Agua, el pueblo maya ha creado y transmitido de generación en generación una amplia variedad de prácticas culturales, relatos, historias, cuentos y leyendas que cultivan una relación respetuosa, de alimentación y de comunicación directa con la Madre Agua en sus distintas manifestaciones. Una de estas creaciones, titulada *Los cabellos del río*, dice: «en la orilla de un río, una mujer se lavaba el cabello. Dicen que era bellísima. De repente su cabello creció, creció y se hizo largo; tan largo que cuando ella caminaba por los caminos su cabello parecía un río» (Menchú R. 2008).

Ante la dominación e imposición cultural ajena, los pueblos desarrollaron, como mecanismo legítimo de defensa y preservación de su visión filosófica y

cultural, lo que los sociólogos denominan «el mito histórico». Este mito histórico se define a partir de un conjunto de narraciones ficticias basadas y surgidas de hechos reales e históricos; la combinación del hecho real y la forma ficticia de su planteamiento ofrece una rica lectura de los libros sagrados, una fabulosa manera de entender la historia.

Bibliografía

De Landa Diego, *Relación de las cosas de Yucatán*, Madrid, Historia 16, 1985.

De la Garza Mercedes, *La conciencia histórica de los antiguos mayas*, México, Centros de Estudios Mayas de la U.N.A.M., 1975.

Mediz Bolio Antonio (trad.), *Chilam Balam*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1980.

Menchú Rigoberta, «El agua y la humanidad, una existencia recíproca. La visión holística de la cosmovisión maya y los derechos de los pueblos originarios», en https://www.zaragoza.es/contenidos/medioambiente/cajaAzul/palabras/Menc hu_ES.pdf (15/04/2015)

Menchú Rigoberta, «Somos parte de ella, no sus dueños», en *Medio ambiente para América Latina y el Caribe*, No.1, 1995.

Recinos Adrián (trad. y ed.), *Popol Vuh*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Von Hagen Victor, *Il mondo dei maya*, Roma, Newton, 1993.